

*Sala de estar de una casa cualquiera, sofá, mesita con faldillas, estantería con libros, o sin ellos. El MARIDO está sentado en el sofá con el mando de la televisión en la mano. De fondo, se oyen unos sollozos, aunque muy apagados, un llanto contenido, se adivinan unas lágrimas ya casi agotadas. Suena el timbre de la puerta y el MARIDO espera unos segundos, mira hacia los lados, hace la intención de gritar, pero por fin, decide levantarse. Abre la puerta y aparece un HOMBRE vestido con traje y corbata, en la mano lleva un maletín de piel negra. Se advierte con facilidad que, tanto la ropa como el maletín, son muy caros. No espera a que le inviten a entrar, sino que lo hace con rapidez, antes de que el MARIDO pueda hacer algo por evitarlo.*

HOMBRE. Señor, he venido a comunicarle que ha ganado usted el premio.

MARIDO. ¿Qué premio?

HOMBRE. ¿Qué premio va a ser? ¡El de maltratador del año!

MARIDO. No le permito que venga a mi casa a acusarme de...

HOMBRE. No, yo no le acuso de nada. Usted ha trabajado duro para lograr este premio y nosotros hemos decidido otorgárselo.

MARIDO. ¿Quiénes son ustedes?

HOMBRE. Una asociación secreta de maridos indignados. (*Saca un papel del maletín y se lo enseña*) Mire, le he traído la hoja de inscripción, por si quiere asociarse. Nuestras puertas están abiertas para héroes como usted.

MARIDO. Pero yo..., yo no maltrato a mi mujer. Bueno, a veces se me va la mano un poco, pero es que muy torpe la pobre. Y mire que pienso que ella no tiene la culpa de haber nacido así, pero en el momento, en el fragor de la discusión, ya sabe usted...

HOMBRE. Claro, claro, no se disculpe, le entendemos perfectamente. Por eso le hemos dado este premio, eso sí, tendrá que asistir al acto de entrega.

MARIDO. ¿En qué consiste ese premio?

HOMBRE. Es un premio honorífico y no conlleva retribución en metálico, pero sí unos regalos en especie muy útiles: un set de maquillaje profesional para disimular los moratones en la cara de su esposa, un abono de doce ramos de flores para contentarla después de una paliza, dieciocho cajas de bombones y un viaje a Disney, para cuando se le vaya la mano con el hijo, ya que nos consta que la tiene usted ligera, también con el chiquillo.

MARIDO. Sigo sin entender el sentido de este premio, es más, no sé si sentirme avergonzado, ¡ni que yo fuera un mal hombre!

HOMBRE. Quite, quite, no es eso. La figura del maltratador está muy mal vista por culpa de las feministas; esas que, en realidad, lo que necesitan a su lado es un macho que las sepa atar corto. Todas están solteras o divorciadas y se mueren de envidia. Ya quisieran recibir un buen sopapo todas las semanas a cambio de acostarse calentitas. Usted ya me entiende, ¿verdad?

MARIDO. No acabo de verlo claro. Si este premio es realmente al mejor maltratador deberían dárselo a alguno de esos que acabaron matando a sus esposas.

HOMBRE. No, ¿qué barbaridad dice usted?! El buen maltratador es el que sabe dosificar los golpes para conseguir la obediencia de su esposa, el que sabe controlarse y no sacar los pies del tiesto. Esos que usted dice, los que acaban matando a su mujer, nos están haciendo mucho mal. Están visibilizando el maltrato de mala manera, solo consiguen que la sociedad lo perciba como un drama; cuando, en realidad, es la solución a los problemas de pareja. ¿Cuántas personas se divorciaban antes? Muy pocas. Y los niños no se tenían que enfrentar a un hogar dividido ni a una familia desestructurada. Sin embargo, ahora es el pan nuestro de cada día, las mujeres se cansan de los hombres débiles que no saben dominarlas. El macho siempre ha tenido supremacía sobre la hembra, es ley natural, y si no que se lo pregunten a los leones, que solo viven para procrear.

MARIDO. Viéndolo así, puede que hasta le dé la razón. Mi cuñada, la hermana de mi santa esposa, tiene dominado a su marido, lo ha obligado a poner la lavadora. Jamás en la vida pondré una lavadora, ¿dónde se ha visto un hombre haciendo tal cosa?

HOMBRE. ¿Ve? Usted mismo me está dando la razón. El problema de esta sociedad no es el maltrato, si no la falta de autoridad por parte de los hombres.

MARIDO. No sabe la tranquilidad que ha traído usted a mi alma. Ayer le di un poco más fuerte a mi Pilar, delante del niño, y esta mañana me sentía la mar de culpable. Estaba sacando unas entradas por internet para llevarlos esta tarde al cine y compensarlos por el disgusto.

HOMBRE. Está bien lo del cine, que vean los dos que usted no es mala persona. Pero nada de sentirse culpable. En fin, tengo que marcharme. *(Abre el maletín y saca un sobre)*

En este sobre están todos los datos sobre la ceremonia de entrega. Se ruega venir solo, las esposas no suelen entender el valor de actos como este y los niños siempre arman escándalo.

MARIDO. Muchas gracias, señor...

HOMBRE. No, mejor no decimos nombres, recuerde que esta es una asociación secreta.

MARIDO. Pero usted sabe el mío...

HOMBRE. Era preciso, para localizarle.

MARIDO. ¿Y cómo sabía tantas cosas de mí si las palizas, las humillaciones, los insultos siempre los he proferido en la intimidad del hogar?

HOMBRE. Somos muchos, y nuestros ojos y oídos están atentos a lo que ocurre a nuestro alrededor.

MARIDO. O sea, que ha sido alguno de mis vecinos.

HOMBRE. No se preocupe por eso, buen hombre, lo importante ahora es que recoja su premio, reciba los honores que merece y se una a nuestra loable asociación. ¿Vendrá?

MARIDO. Por supuesto, me ha convencido. Y yo que estaba pensando en visitar un psicólogo para controlar esa pequeña manía que tengo de golpear a mi esposa...

HOMBRE. ¡Atrás, Satanás! Los psicólogos están todos comprados por las feministas, le harán creer que es culpable, ¿culpable de qué?, ¿de ser un hombre? Bueno, bueno, no le entretengo más. Póngame a los pies de su esposa.